

confianza de los soldados habia privado de toda participacion en la subsistencia de los cuerpos, llevaron á Santarem su ociosidad murmuradora, y entre ellos no era el menos malévoló en el lenguaje el ordenador principal, deudo de Ney, y vuelto al servicio activo por la proteccion de Massena. Allí todas las providencias del cuartel general eran amargamente censuradas, y los padecimientos de una larga espera se imputaban, no á la política imperial, sino al general en gefe, bien inocente á la verdad de cuantos males se estaban sufriendo. A punto habian llegado las cosas que, desde que se tomó la nueva posicion junto al Tajo, no habia ido Ney á ver á Massena y permanecia en Thomar, cual si él fuera el general en gefe y Thomar el cuartel general de las tropas. Naturalmente á oídos de Massena llegaban todos estos pormenores, y aun cuando se irritaba á veces, muy luego recaía en su negligencia y sus desdenes habituales, dando bajo el aspecto de las costumbres un ejemplo mal adecuado á atraerse el respeto de sus subordinados, bien que bajo el aspecto de la firmeza y de la sangre fria dándolo tal que sus lugartenientes debieran imitarlo, de lo cual distaban en gran manera. Por lo demas esta triste indisciplina no habia descendido de los generales á los soldados: extraños estos á las envidiosas declamaciones de sus inmediatos gefes, confiados en el carácter, la gloria y la fortuna de Massena, contando con prontos socorros de Napoleon, pues no suponian que les enviara tan lejos para acosar á los ingleses sin propocionarles en breve el medio de salir con la empresa, aun esperaban llevar á cima las grandes cosas que se habian prometido de esta

campana; solo que, si estaban prontos á sacrificarse en las ocasiones de trascendencia, les repugnaba hacerlo en las que no lo eran de modo alguno. El triste estado de los hospitales, donde se carecia de medicinas, de camas y casi de alimentos, donde no llegaban los víveres sino por un esfuerzo enérgico y todos los días renovado de la voluntad del general en gefe, engendró en ellos la opinion de que hombre enfermo ó herido era hombre muerto. Asi resueltos á morir en jornada decisiva sin quedar uno, los soldados pedian que se les ahorrara de escaramuzas, cuya necesidad no estaba demostrada. Sabedores ademas de que escaseaban las municiones, querian que se reservaran su sangre y sus cartuchos para el momento de decidirse en una gran batalla sobre la suerte de la Península y de la Europa. Asi este ejército, constante en su adhesion y su heroismo, soportando las privaciones y los padecimientos con una paciencia y una industria admirables, no habia perdido nada de su valor sino bajo el aspecto de la disponibilidad de todos los instantes: de continuo se le podian pedir grandes cosas, pero no siempre las pequeñas.

Ante situacion semejante se pueden avalorar la oportunidad, la utilidad, la exacta relacion con los hechos de las instrucciones imperiales, que recomendaban á Massena asegurarse el medio de maniobrar sobre las dos márgenes del Tajo; echar sobre este rio, no un puente, lo cual no era bastante seguro, sino dos, como se habia hecho sobre el Danubio; crearse vastos almacenes de viveres y municiones, á fin de poder prolongar su estada bajo los muros de Lisboa, tomar sobre todo á Abran-



tes, donde se debian hallar grandes recursos; hostigar á los ingleses de continuo; procurar atraerlos fuera de sus líneas para batirlos, etc. Sabias lecciones, sin duda, que no habia podido olvidar Massena, pues habia contribuido á asegurar el triunfo sobre el Danubio; pero de las cuales el mismo que las daba, grande como era y todo, se hubiera visto muy apurado en hacer aplicacion sobre el Tajo, sin madera, sin hierro, sin pan, sin los grandes recursos de la ciudad de Viena, sin la fertilidad de Austria, sin comunicaciones con Francia, sin obediencia á sus miras, sin ninguno de los medios, en fin, que le permitieron operar el paso del Danubio el mismo dia de la batalla de Wagram. Si Napoleon hubiera nacido sobre el trono, y figurara como heredero de veinte reyes, y no mirara sino como régia diversion la guerra, no adaptara de otro modo sus órdenes á la realidad de los sucesos. ¡Tan presto ciega la fortuna aun á los hombres superiores cuando se empeñan en querer sujetar, no sus deseos á la naturaleza de las cosas, sino la naturaleza de las cosas á sus deseos!

Contando siempre el ejército con prontos é importantes socorros estaba alerta á los menores indicios, á los menores rumores que pudieran revelar la aproximacion de tropas amigas. Un vago susurro, llegado á las avanzadas, hizo por un momento esperar la aparicion de un ejército francés y produjo una emocion de alegría desgraciadamente pasajera. Con efecto, una columna de nuestras tropas habia casi llegado á nuestras avanzadas junto al Zezere, mas tan pronto como hubo asomado desapareció de todo punto, y costaba mucho dar con la explicacion de este singular aconteci-

miento, que era bien sencillo á pesar de todo.

El general Gardanne, á quien el general Foy habia transmitido la órden de incorporarse al ejército con la brigada de dragones dejada á la espalda, con los hombres salidos de los hospitales, con los convoyes de viveres y de municiones, no habia podido juntar mas que trescientos ó cuatrocientos ginetes y de mil quinientos á milseiscientos infantes, sin añadir tampoco ni un saco de harina, ni un barril de cartuchos, ni un carro de transporte. Asi era realmente, pues faltó, desde la partida de Massena, de medios para proteger los caminos, estuvo en la imposibilidad de continuar el almacenaje de Salamanca y el abastecimiento de las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida. Como todos los gefes de las provincias del Norte, solo habia vivido para salir del dia, pudiendo apenas extender su accion á algunas leguas de distancia y devorando todos los viveres que lograba proporcionarse. Al recibir por conducto del general Foy la órden antedicha, se puso en marcha con una columna de dos mil hombres, pasó por el Sur de la Estrella, siguió el valle del Zezere, segun se le habia indicado, y adelantóse hasta llegar á una jornada de las avanzadas del general Loisson delante de Abrantes. Allí, completamente preocupado de los peligros desconocidos que le rodeaban, habiendo oido decir y asistiéndole razon para creer que el ejército de Portugal tenia tantos enemigos detrás como delante, concibió miedo de que le cayera encima un cuerpo numeroso, y no hallando las avanzadas francesas, suponiendo que una fuerza crecida les hubiera obligado á replegarse, se volvió á toda prisa á Almeida, arrojando en este movimiento mas peli-



gros que los que le ponian en fuga. Sin embargo de esto, el general Gardanne era un militar entendido y valiente, pero en esta guerra de sorpresas y de aventuras, en la cual era de esperar todo, se temian tantos peligros como forjaba la fantasia. De vuelta en Almeida encontró alli al general Drouet, tantas veces anunciado y llegado á la postre, no con las dos divisiones de Essling, sino con una sola, la del general Conroux, pues la division de Claparede estaba detrás y muy lejos. Bajo el aspecto de la gente nada dejaban que desear estas dos divisiones, pues, aunque jóvenes, en la campaña de 1809 habian hecho un rápido y rudo aprendizaje de la guerra. Por desgracia ya iban muy fatigadas y disminuidas tras de atravesar la mitad de Francia y de España para trasladarse desde las costas de Bretaña á Castilla la Vieja. Todo lo mas contaba la division de Conroux siete mil hombres en estado de servicio. Mil menos tenia la division de Claparede, todavía en marcha, y así todo el cuerpo no podia reunir mas de quince mil hombres en disposicion de llevar armas.

Estrechado por las reiteradas instrucciones de Napoleon y con especialidad por las mas recientes á encaminarse á Portugal, á volver á abrir á toda costa las comunicaciones con Massena, á prestarle en fin cuantos servicios le fuera posible, el general Drouet no tenia que hacer mas que entrar inmediatamente en campaña, aun cuando no tuviese mas que la division de Conroux á la mano, no siendo menester que aguardara á la division de Claparede, pues señalando las instrucciones de Napoleon al noveno cuerpo el doble objeto de socorrer al ejército de Portugal y dejar con el expe-

ditas las comunicaciones, de manera que no tornaran á ser interceptadas, podia el general Drouet cumplir con la division de Conroux la primera parte de su encargo, y fiar á la division de Claparede el cuidado de cumplir la segunda. Aun cuando estuviera autorizado para requerir la espada del general Dorsenne, no pensó en efectuarlo, pues encontró apuradísimo en correr tras los guerrilleros, apesarado por las fatigas y la dispersion de la joven Guardia, y poco dispuesto, de consiguiente, á enviar hasta las fronteras de Portugal un destacamento de ella. Por único servicio le pidió que no detuviera á la division de Claparede, y dejando orden á ésta de situarse lo mas pronto posible á la entrada del valle de Mondego, entre Almeida y Viseo, de caer á todo trance sobre las partidas de Trent y de Silveira, y de mantener siempre desembarazado el camino hasta Coimbra, decidióse á marchar personalmente con la division de Conroux á fin de aproximarse al Tajo. Se agregó el destacamento del general Gardanne, de cuyo modo hizo subir el tan decantado socorro de las famosas divisiones de Essling solamente á nueve mil hombres. Verdad es que el general Drouet habia recibido el mando de la division de Seras, destacada del cuerpo de Junot anteriormente y destinada á guardar el reino de Leon, mas la encontró alli tan ocupada, que no hubiera sido cuerdo distraerla de su destino. Siguiendo el valle del Mondego se puso, pues, en camino al frente de sus nueve mil hombres, número que no bastaba para socorrer á Massena, pero con que habia de sobra para atropellar á todos los enemigos que pudiera encontrar al paso, aun cuando el rumor público elevaba su



guarismo á proporciones espantosas. Por lo demas, el general Drouet, al modo que el general Gardanne, no llevaba consigo ni dinero, ni víveres, ni municiones: inútilmente se hubiera comprometido el dinero, no pudiendo ser provechoso en las poblaciones desiertas que ocupaban las tropas: víveres y municiones no habia, y en todo caso menos hubiera habido aun medio de transportarlas. Hasta vióse obligado durante su permanencia en Castilla la Vieja á vivir de las provisiones de las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, lo cual era una verdadera desgracia, puesto que una y otra podian ser embestidas por el enemigo tarde ó temprano.

Habiendo echado el general Drouet por el valle del Mondego, con el fin de acortar siguió la orilla izquierda y no la derecha de este rio: casi sin obstaculo traspuso la sierra de Mucelha, desembocó junto á Leiria, vivjendo de lo que hallaba por el camino y sin que le costara trabajo dispersar á los corredores que rondaban en torno suyo. El ejército de Portugal, á cuyos oidos habia llegado el rumor de la tentativa del general Gardanne, experimentaba impaciencia muy viva por ver asomar una tropa francesa, aun cuando fuera una simple columna de algunos centenares de hombres. Se suspiraba por la comunicacion con Castilla la Vieja, y por Francia tanto como por los socorros; se queria, en fin, saber por todos si se les habia echado ó nó en olvido, si estaban ó nó destinados á realizar alguna cosa grande, practicable, sencillamente inteligible, dado que ningun correo se habia recibido de Francia desde el 16 de setiembre de 1810, dia del paso de la frontera de Portugal,

y era ya mediado enero de 1811. Asi, á pesar de la repugnancia á los combates en detalle, todos se habian prontos á los mas atrevidos reconocimientos, practicados con columnas de mil doscientos á mil quinientos soldados en todas direcciones, á lo largo del Tajo hasta Villa-Velha, á lo largo del Zezere hasta Pedragosa, junto al Mondego hasta Coimbra. Siempre fueron puestos en fuga el paisanage y los milicianos de Trent y Silveira, y todo se redujo á matar gente, quemar lugares, coger ganados, á veces granos, consuelo verdaderamente precioso en el estado de penuria que amenazaba, pero que no resarcia de las nuevas esperadas con tanta impaciencia y tan sin fruto. Especialmente de algunos dias atrás se habian visto á la orilla izquierda del Tajo masas de paisanos echando por delante sus rebaños á través de las llanuras del Alentejo, llevando sobre acémilas su ajuar, ganando las cercanías de Lisboa, cual si el ejército de Andalucía fuera tras de su huella, é infirióse que Napoleon habia quizá dado orden á Soult para que marchara á incorporarse al ejército de Portugal y que el mariscal la ponía en planta; de cuyas resultas fué general aunque de corta duracion la alegría en el campamento.

Por fin, al cabo de muchos dias de esta anhelante espera, una tropa de dragones, guiada por el general Gardanne, se juntó á las avanzadas de Ney entre Espinhal y Thomar. Se reconocieron, se abrazaron con efusion, se contaron por una parte las perplejidades de una larga y angustiosa expectativa de muchos meses, por otra los azares amenazadores arrostrados en vano con el fin de incorporarse al ejército. Deplorando el general Gardan-



ne su expedicion del mes anterior mas vehementemente que nadie, creyó enmendar sus yerros, por los cuales no habia quien pensara en reconvenirle, con anunciar maravillas á sus camaradas impacientes de cerciorarse de lo que se iba á hacer por ellos. A su decir, ademas de su propia brigada, traia el general Drouet una fuerte division, no parando en esto, pues detrás seguia otra; que el noveno cuerpo reunido no bajaria de veinte y cinco á treinta mil hombres; que lo acompañaria la abundancia, como que en Salamanca existia un tesoro, y que, ya restablecidas las comunicaciones, todo llegaria holgadamente, asi los viveres como las municiones. Sabido es cuantas exageraciones, á la verdad muy dignas de excusa, nacén de estas efusiones entre militares que se vuelven á ver tras de grandes peligros. Apenas tuvo lugar este encuentro, esparcióse desde Thomar á Santarem en todo el ejército la noticia de la aparicion del general Drouet, que produjo una especie de entusiasmo. Contando con la próxima llegada de treinta mil camaradas suyos, los soldados de Massena, se creyeron capaces de intentarlo todo muy luego y se abandonaron á las esperanzas mas halagüeñas. Bastante corto el invierno en aquellas regiones iba á ceder el puesto á la primavera: delante se hallaban las líneas de Torres-Vedras, que no parecian insuperables á un ejército de setenta mil franceses; á la izquierda el Tajo, que no debia ya oponer un estorbo, y mas allá la fértil llanura del Alentejo, donde se cogeria en abundancia lo que empezaba ya á escasear en la llanura de Gólgao, casi enteramente devorada.

Massena vió al general Drouet y recibió de él

una porcion de despachos atrasados que aun no habian podido llegarle: unos no tenian con la situacion actual relacion alguna y solo daban testimonio de las ilusiones que se acariciaban en Paris: otros, mas recientes y escritos despues de la ida del general Foy, contenian muchas críticas no acalladas por los esfuerzos justificativos de este gefe, y de las cuales por lo demas no habia mas que sonreirse, bien que tristemente al ver los errores en que Napoleon se obstinaba. Sin embargo, estas críticas se hallaban compensadas con galanas promesas de socorro, con el anuncio de la pronta llegada del general Drouet, con la noticia de las órdenes expedidas al mariscal Soult, con la aprobacion mas completa dada al establecimiento junto al Tajo, ésta acompañada de las mas vivas instancias para continuar allí indefinidamente. Por poco adecuadas que muchas de las prescripciones llegadas de Paris fueran á las actuales circunstancias, con todo, siempre era algo aquella aprobacion dada á la permanencia junto al Tajo, y aquella voluntad firmemente expresada de que se prosiguiera. Con esto habia muy bastante para quilar al general en gefe toda ansiedad sobre la conducta á que debia atenerse, y para infundir al ejército plena confianza en la marcha por él adoptada, pues era la misma que Napoleon habia ordenado desde lejos como la mejor y mas conforme á sus grandes desigñios. Pero se trataba, en fin, de saber qué medios enviaria Napoleon para ejecutar la resolucion en que se mantenía firme de forzar la posicion de los ingleses, ó de bloquearlos de modo que se vieran obligados á abandonarla. Aqui por desgracia todo era chasco y asunto de pena. Anunciado como



compuesto de treinta mil hombres, apenas constaba de quince mil el noveno cuerpo: de estos llevaba siete mil el general Drouet, no contando los dos mil del general Gardanne, reducidos ya á mil quinientos por resultas de un doble viage. En Visseo, esto es, á sesenta leguas á la espalda, habia dejado á los ocho mil hombres del general Clapartede para mantener las comunicaciones; y aun no podia dejar de una manera permanente en Thomar los siete mil hombres del general Conroux que llevaba consigo, pues intimándole formalmente sus instrucciones mantener expeditas las comunicaciones con la frontera de España, veíase obligado á retroceder camino para dispersar de nuevo á la insurreccion, que se habia tornado á juntar á su espalda, como se juntan las olas detras de la nave que las ha hendido para cruzarlas.

Aun era vivo el júbilo entre las tropas, cuando ya Massena se sentia lleno de pesadumbre y desengañado sobre la realidad de los socorros que tanto se le habian prometido. ¡Ni una fanega de grano, ni un barril de pólvora, ni un saco de dinero, aunque hubiera millones en Salamanca, y en vez de treinta mil hombres, nueve mil á lo sumo, y siete mil de ellos prontos á retroceder en la marcha, y no habiendo ido mas que para escoltar insignificantes despachos, mas bien que una aparicion venturosa que habia llenado al ejército de ilusoria alegría, era una especie de aparicion funesta! ¡Cien veces mas valiera no recibir nada, ni despachos; ni refuerzos, que recibir aquel socorro irrisorio, pues al menos quedaria viva la esperanza!

Con todo, Massena estaba resuelto á no consentir que el general Drouet partiera, pues su mar-

cha, despues de una permanencia de algunos instantes, podia desesperar á las tropas, y de seguro le habia de quitar los medios de pasar el Tajo, despojándole del valor de ponerlo por obra. Y no pasar el Tajo equivalia á resolver la retirada, puesto que al cabo de pocos dias seria imposible vivir en la orilla derecha, ya por completo devorada. Massena hizo conocer al general Drouet todos estos inconvenientes. Limitarse hubiera podido á darle, bajo su responsabilidad, órdenes formales; pues habiendo caido el general Drouet en la esfera de accion del ejército de Portugal, se hallaba con evidencia bajo la autoridad de su general en jefe; pero, menos imperioso que enérgico, prefirió Massena persuadir á Drouet y conseguir su asentimiento para lo que le hubiera podido exigir su obediencia. Nada de mala voluntad ponía el general Drouet en esto de su parte, aun cuando no tenia mucha gana de incorporarse á un ejército comprometido, bien que imbuido en sus instrucciones y temeroso de infringirlas, alegaba su texto, que desgraciadamente era terminante. Con efecto, estas instrucciones decian que al llevar socorro al ejército de Portugal, convenia no dejarse cortar por Almeida, y no perder sus propias comunicaciones por restablecer las de Massena. Ahora bien, en Thomar, á donde el general Drouet habia llegado, en Leiria, donde se trataba de situarle, se hallaba tan cortado de la frontera de Castilla la Vieja como el mismo Massena. Sin embargo, habia que argüirle que, si persistia en cumplir la parte de sus instrucciones que le recomendaba expresamente el cuidado de sus comunicaciones, quebrantaba otra mucho mas importante, la que le in-



timaba llevar socorro al ejército de Portugal, y en la forzada alternativa de violar la una ó la otra, valia mas observar la mas trascendente y mas conforme al espíritu de su encargo, que era auxiliar al ejército de Portugal, y que, lejos de auxiliarle con su aparicion, le comprometiera y perdiera acaso en retirándose tan pronto. ¡Harto habia ya con haber anunciado treinta mil hombres y no llevar mas que siete mil de ayuda! Ademas le quedaba la division de Claparede, mas fuerte que la otra, para velar por sus comunicaciones y cumplir la segunda parte de su tarea. A todos estos argumentos añadió Massena el mas decisivo, diciéndole que ponía bajo su responsabilidad personal los sucesos que pudieran seguirse, si retrocedia inmediatamente y dejaba el ejército de Portugal entregado á sí propio.

El general Drouet, que era un hombre honrado, víctima de las instrucciones poco adecuadas á las circunstancias (1), no vaciló ya despues de oír al

(1) Esta célebre campaña de Portugal ha dado naturalmente asunto á vivas disputas, dividiéndose en distintos dictámenes los escritores militares. Recientemente un hábil defensor del mariscal Massena, el general Koch, en una obra notable, ha acusado al general Drouet, y con fundamento sin duda, de haber aumentado sobremana los apuros de toda especie que asaltaron al mariscal Massena en esta deplorable campaña. Si el general Koch hubiera conocido la correspondencia de Napoleon, se enterara de que la culpa no estuvo en el general Drouet, sino en Napoleon mismo, que, totalmente lleno de ilusiones, figurándose que el cuidado de las comunicaciones podia y debia ser en Portugal lo que era en Alemania, le daba la extraña orden de socorrer á Massena junto al Tajo y de conservar las comunicaciones hácia Almeida. Citamos las propias cartas de Napoleon, las cuales, sin

general en jefe y consintió en quedarse con el ejército de Portugal. Hizole el general en jefe tomar posicion en Leiria, al respaldo de la Estrella, donde impedia que por el camino del mar se cogiera

destruir las aserciones del general Koch relativamente á los apuros ocasionados por el general Drouet á Massena, demuestran á quién se debe hacer subir el cargo que al general Drouet se dirige. Por los demas no hay que culpar aqui al genio de Napoleon, pues si alguien en el mundo habia capaz de dar instrucciones, era el sin duda, sino á su política, que por abarcar todas sus empresas, le educia á expedir órdenes indignas de él, indignas de su alta prevision. Para corroborarlo véase el contenido textual de las cartas á que se hace referencia.

«Al mayor general.

«FONTAINEBLEAU, 5 de noviembre de 1810.

«He recibido la carta del general Drouet fechada en Valladolid el 22 de octubre.

«Las disposiciones que adopta para volver á abrir las comunicaciones con Portugal no me parecen satisfactorias. Reiteradle la instruccion de ir á Almeida y de reunir fuerzas considerables para poder ser útil al príncipe de Essling y ayudar á abrir sus comunicaciones.

«Convendria que al general Gardanne ó á otro cualquier jefe se diera una fuerza de seis mil hombres con seis piezas de artilleria para volver á abrir la comunicacion, y que otro cuerpo de igual fuerza se situara en Almeida para estar con él en correspondencia. Por último, es importante que las comunicaciones del ejército de Portugal sean restablecidas, á fin de que la retaguardia del príncipe de Essling esté asegurada todo el tiempo que tarden los ingleses en reembarcarse.

«Enviadle el *Monitor* de hoy, donde hay noticias de Portugal llegadas de Lóndres.

«Tan luego como se reembarquen los ingleses, trasladará su cuartel general á Ciudad-Rodrigo, no siendo mi



al ejército hácia la espalda, mientras estuviera acampado junto al camino del Tajo. Otra ventaja tenía el establecimiento del general Drouet en Lei-

*intencion que el noveno cuerpo se empeñe en Portugal, á menos que los ingleses prosigan haciéndose firmes, y aun así el noveno cuerpo no se debe dejar cortar de Almeida, sino que debe maniobrar entre Almeida y Coimbra.*

«Escribid al general Drouet que tardan mucho en llegarme noticias de Portugal; que esto es importante bajo todos aspectos, y que así hay necesidad de abrir las comunicaciones, para que, ya que no todos los días, me lleguen de allí nuevas todas las semanas.

«Preguntadle por el estado de las tropas dejadas á su espalda, por la division de Seras, por lo que dejó detrás el príncipe de Essling de infantería, de caballería, de artillería, y en fin, por lo que hay en el sexto gobierno.»

«Al mayor general.

«PARIS, 20 de noviembre de 1810.

«Adjunto hallareis el extracto de los últimos periódicos ingleses. Comprenderéis la importancia de despachar un oficial de estado mayor al general Drouet para participarle que el 4.º de noviembre aun no se había empeñado batalla; que el ejército francés tenía su izquierda en Villafranca y su derecha en Torres-Vedras, y que el ejército inglés estaba á cuatro leguas de Lisboa; que diez mil hombres de milicias ocupaban á Coimbra é interceptaban el camino; que la caballería no es de ningun uso; que importa por tanto que no divida sus tropas, y que abra las comunicaciones con el príncipe de Essling empleando un fuerte cuerpo; que por lo demás cuento con su prudencia para que no se deje cortar de Almeida.

«Segun los periódicos ingleses, la guarnicion de Coimbra se hubo de dejar sorprender del 42 al 45 de octubre y dejó que el enemigo se apoderara de mil quinientos enfermos que había en esta plaza.

ria, y era la de relevar las tropas de Ney y permitir su concentracion entre Thomar y Punhete, punto donde se hacian los preparativos para el paso del rio. Sin embargo, de no subir el socorro, aun incluyendo el destacamento del general Gardanne, mas que á unos nueve mil hombres, de resultas ascendia á cerca de cincuenta y tres mil el ejército de Massena, con lo que vió este un medio, no de atacar las líneas inglesas, pero sí de hacer infinitamente menos peligroso el paso del Tajo. Con efecto, dejando veinte y tres mil hombres á la orilla derecha y trasladándose con treinta mil á la orilla izquierda, infundiria menos zozobra la posicion de las dos fracciones del ejército separadas

«Reiterad á los generales Caffarelli, Dorsenne y Reille las órdenes para ejecutar los movimientos ya prescritos, es decir, que la guardia se junte en Burgos; que cuanto pertenezca al general Drouet le sea enviado. Recomendad al general Kellerman que no detenga la division de Conroux, y antes bien le deje ir sobre Salamanca.

«¿Cuándo llegan los fusileros de la guardia á Bayona? Dad orden de que descansen allí dos días. Los destacamentos que se hallan en el campo de Marac incorporarán sus compañías.

«Escribid al duque de Dalmacia para que se entere de lo que dicen los ingleses del ejército de Portugal, y comprenda la importancia de hacer una diversion en favor del mismo.»

Como se ve, estas cartas son anteriores en un mes ó dos á la situacion que pintamos, pero contienen expresamente el principio de todas las instrucciones dadas después al general Drouet por el ministerio de la Guerra, y explican la posicion ambigua de este general entre el deseo de socorrer á Massena y el de no perder sus comunicaciones, por lo que fué para el ejército de Portugal de mas embarazo que provecho.



una de otra por un gran río, aun cuando el peligro siguiera siendo grave para ambas si se rompía el puente, como en Essling el del Danubio. Sin embargo, siendo ya, por efecto del refuerzo que acababa de ser recibido, mucho menor la temeridad de dividirse en las dos riberas, afirmóse Massena en la idea de cruzar el río, porque, posesionándose del Alentejo, podría vivir tres ó cuatro meses mas en las cercanías de Santarem, cumplir las instrucciones de Napoleon que le encomendaban persistir en el bloqueo de las líneas de Torres-Vedras y aguardar así el socorro tan anunciado del ejército de Andalucía. Si llegaba este socorro, entonces el destino del ejército de Portugal cambiaba completamente; de la defensiva podía pasar á la ofensiva, y terminar bajo los muros de Lisboa la larga guerra que desolaba á Europa ya había veinte años.

Si Massena había tomado su partido despues del desengaño que acababa de experimentar al recibir, en vez de un cuerpo de treinta mil hombres encargados expresamente de socorrerle, una division de siete mil soldados y estos con equivocadas instrucciones, el ejército no sobrellevó pacientemente aquel triste chasco. Del entusiasmo pasó al desaliento: murmuró sin rebozo y murmuró contra el emperador porque le dejaba en situacion semejante, sin víveres, sin municiones, sin socorros. ¿A qué bueno (decía) condenarle á consumirse junto al Tajo, si en breve no se le habían de facilitar los medios de obrar ofensiva y eficazmente? Sin duda se ocasionara un daño trascendental á los ingleses, encerrándolos definitivamente dentro de Lisboa, para que se escatimaran los mas penosos sa-

crificios; pero dejarles en libertad de recorrer todo el Alentejo, consentirles alimentarse allí á sus anchas, era apurarles muy poco y en realidad ser tan solamente para nosotros los apuros: ellos vivían bien y nosotros vivíamos mal, y dentro de poco, si tal situacion se prolongaba, continuando ellos en vivir muy bien y nosotros muy mal, acabaríamos por sucumbir de inanición. Así el ejército de Portugal, á semejanza de todas las tropas enviadas á España, vino á experimentar el sentimiento de que se le sacrificaba sin compasion y sin probabilidad alguna de gloria á la tarea ingrata de crear troncos de familia. A la verdad esta disposicion de ánimo hubiera desaparecido instantáneamente delante del enemigo para ceder el puesto al honor militar y al valor mas noble; muy pronto lo acreditarán así los hechos.

Habiendo llegado en el cuerpo de Reynier los sufrimientos á su colmo, no se oía mas que este grito —pasemos el Tajo ó partamos. Efectivamente, el general Eblé había terminado su creacion portentosa, y poseía ya cien grandes barcas con cuerdas y ganchos de cierta solidez para echar el puente aguardado con tanta impaciencia. Además había asegurado nuestro establecimiento sobre las dos orillas del Zezere, consolidando allí el puente de caballetes y añadiendo un puente de barcas, sin distraer nada de lo preciso para el gran puente sobre el Tajo. Aunque difíciles de reunir los medios materiales no constituían la principal dificultad en la ejecucion de tal maniobra. Esta emanaba de la doble cuestion militar de un paso á viva fuerza delante de un contrario muy sobre aviso, y de la division del ejército en las dos márgenes de un río cauda-